



## CAPÍTULO XXI.

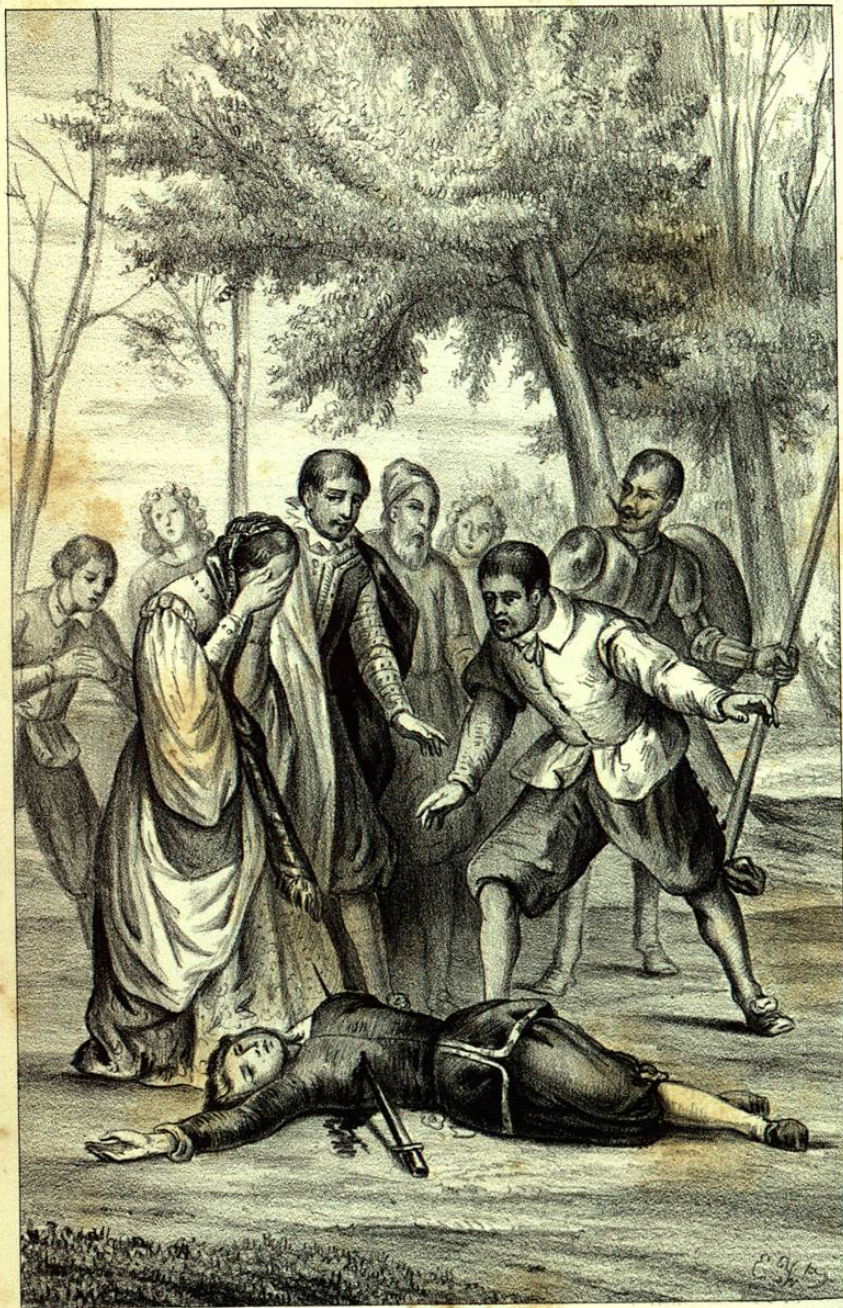
Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

**Q**UANDO estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas que, con larga carrera y grita, iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del Cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo:—Á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Par-diez, que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos: y montas que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache, no medre yo, si no son anillos de oro y muy de oro y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. Oh hideputa, y que cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mesmo parecen los diges que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes<sup>1</sup>. Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea de Toboso no habia visto muger mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas.

<sup>1</sup> Frase con que se espresa que alguno emprendió ó ejecutó cosas arduas. Estos bancos son unos ribazos de arena, que van formando las olas de la mar, y muy peligrosos á los navegantes.

Íbanse acercando á un teatro, que á un lado de un prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habia de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones: y á la sazón que llegaban al puesto, oyeron á sus espaldas grandes voces y una que decia:—Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza y vieron que las daba un hombre, vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres, en las manos traia un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremenda y ronca estas razones dijo:—Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo, y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia; pero tú echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos) yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia, y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que

aun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque, pero el Cura que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada, dijo:—Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria desculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo cual, le dijo, que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion.—A lo cual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quijote la peticion del herido, en altas voces dijo, que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado, recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber que hacer ni que decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir, que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio, y ella mas dura que un mármol y mas sesga que una estatua, mostraba que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra, ni la respondiera, si el Cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesadrosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola aten-



tamente, le dijo:—¡Oh Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ó fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo; sino que confieses y digas que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como este me engañes ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban, que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo:—Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad, y así con la mas libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.—Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.—Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el Cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado, el cual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir:—Milagro, milagro. Pero Basilio replicó:—No milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el Cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados

y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos, que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas, arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo, Don Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechorías, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado que habia de ser tenido en respeto. Don Quijote á grandes voces decia:—Teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y mañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quiteria era de Basilio y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene mas de esta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta de esta lanza: y en estó la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho que, si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado que por habérsela dado<sup>1</sup>. Consolado, pues, y pacífico Camacho y

<sup>1</sup> Un caso verdadero, en algo semejante á este inventado, refiere Don Luis Zapata por estas palabras. *A este propósito me contó el licenciado Salguero Menas Albas que pasó un pleito en Valla-*

los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisongee y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor que con la cuadrilla de Basilio iba: y así se dejó atras las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía: y así acongojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.



*dolid. Estaban dos de Burgos concertados de secreto de casarse: pártese el mancebo á Flandes, y en su ausencia trátanse á la moza muchos casamientos: ella unas veces por unas dolencias, y otras por otros achaques entretiene la obediencia, que á sus viejos padres debia, por ocho meses, que fué el tiempo que entre ambos por cartas se puso: el ausente enamorado, que no pudo venir al plazo, dejadas todas las cosas de allá, dende á poco tiempo vino: pregunta por su amada señora luego en llegando á Burgos, y dícele un tal Mesa que casaron contra su voluntad á la desdicha, y de descontento murió, y la enterraron á la mal lograda. El mozo, que esto oyó, de dolor estuvo para perder el juicio: va adonde estaba enterrada, hinche la iglesia de gritos y gemidos, da al sacristan, porque se la deje ver despues de muerta, cuatro escudos, abre la tumba, que estaba en una bóveda, hállala viva: ya podeis ver cuanta alegría, mientras menos lo esperaba, tendría del felice suceso recibida: távola en la iglesia dos ó tres dias: llévala á su casa á poco tiempo: cóncenla los padres: y el falsamente viudo primer marido pídelo por justicia: anda el pleito: sentencia el corregidor, amparando en su posesion al que la tenía, y la volvió de la muerte á la vida: fué el pleito por apelacion á Valladolid: en qué paró no lo sé; sino que este caso extraordinario fué á toda España notorisimo. [Biblioteca Real: est. H. cod. 124, f. 76. v.] Téngase presente el suceso de los amantes de Teruel.*